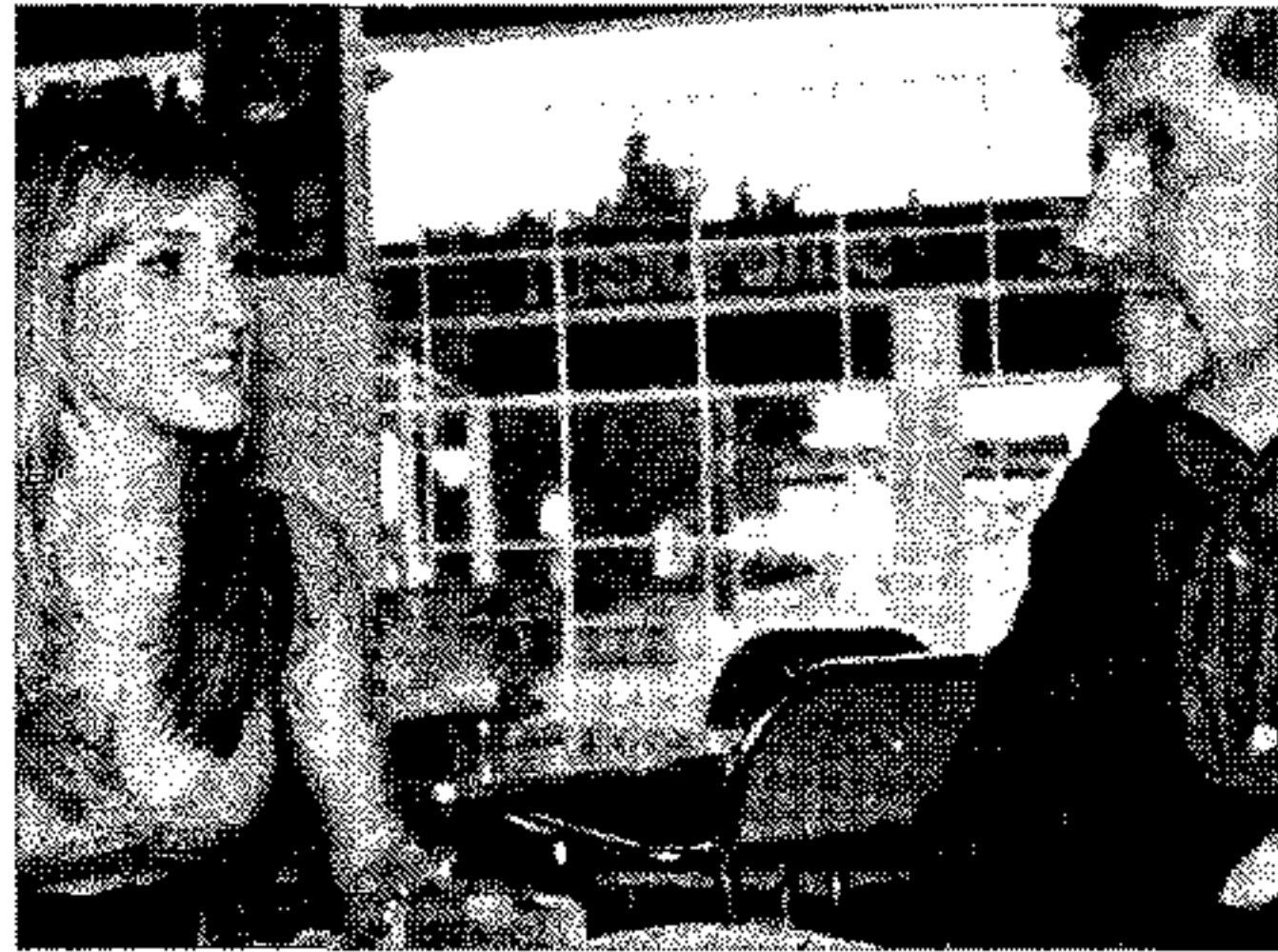


PERFILES  
Eduardo D. Vicente  
epino@lavozdealmeria.com



## Dulce genética



FOTOS: RICARDO GARCIA

### MARÍA DEL MAR SÁNCHEZ

Estudiante, modelo, mujer, fue Miss Almería con 19 años en 2005 y ahora mira al futuro tratando de combinar su trabajo en las pasarelas con la licenciatura en Administración y Dirección de Empresas que ha iniciado en la Universidad

no te guardamos rencor, porque lo más importante es la belleza interior, y esa la hemos ido cultivando nosotros mismos, al margen de tus caprichos. Pero tú te ríes y nos dices: "Cuentos, frases hechas que se derriten con la fragilidad de un trozo de mantequilla".

Porque tú sabes bien, genética, que si la cara y el cuerpo no acompañan, nos cuelgan una cruz y nos pasamos la vida subiendo y bajando del Calvario. Lo nuestro no lo arregla ni el quirófano, ni esos cirujanos con halo de dioses que transforman una nariz en minutos como el que le cambia una tuerca a la rueda de un coche.

Qué duro resulta sentarse cara a cara con una modelo de 21 años y escuchar como le pide a la camarera el helado de chocolate más grande que tenga y que a continuación, te diga sin piedad: "No guardo ninguna dieta. No me cuesta nada mantener este cuerpo. Es genética".

Y lo mío también, le contesto, aunque no

los chicos", asegura.

Pero como la genética estaba de su lado y había hecho un pacto con esos duendes que de madrugada se encargan de esculpir los cuerpos de las adolescentes elegidas, a los 15 años se fue transformando. "De pronto me hice una mujer. Que fuera larguirucha dejó de ser un problema y se convirtió en una virtud. Crecí de forma proporcional y en unos meses noté que ya no pasaba desapercibida, que me miraban por la calle y empezaba a ligar".

Y como le gustaba su nueva imagen, como se sentía cómoda entre las miradas ajenas, un día empezó a tomarse en serio la posibilidad de ser modelo. "Digamos que el que me miraran, que el hecho de que un hombre me dijera un piropo, me daba seguridad y me hacía sentirme bien por dentro. Después llegó la opción de dedicarme profesionalmente a la belleza, que fue pura casualidad", reconoce.

Dice que estando una tarde con unas ami-

aprendió la técnica de caminar y mover el cuerpo sin exageraciones, de hacer su trabajo como si toda aquella gente que la miraba en penumbra fuera un ejército de maniqués. En apenas dos años conseguía el título de Miss Almería y se codeaba con las aspirantes al título de España.

"Fue como cumplir un sueño. Aquellas semanas resultaron inolvidables por lo mucho que me enriquecieron. Viajé, conocí gente y tuve la suerte de que todo eso no me cambiara la vida", asegura.

Le pregunto entonces que si todo lo que se cuenta de los concursos de belleza, esa cara gris llena de tramas, rencillas y favores también le afectó. "Jamás. Estuve cuatro semanas fuera de mi casa, en Fuerteventura y en Oropesa del Mar, conviviendo con las chicas y todas las personas que componen este mundillo, y nunca vi proposiciones indecentes, ni ningún tipo de explotación, ni a nadie que intentara aprovecharse de nosotras. Mi experiencia fue maravillosa".

María del Mar tiene los ojos oscuros y cambiantes. Si los miro de perfil me parecen marrones y expresivos, si los recorro de frente los encuentro negros y profundos. Cuando habla acompaña cada frase con una sonrisa. Entonces aparecen unos labios finos y bien recortados que anuncian la presencia de una boca perfecta.

Sus medidas son 90-63-95 sin artificios ni silicona. Tiene la piel clara, pero ella prefiere ser morena aunque para ello tenga que pasar a diario por la pantalla de los rayos uva. Aunque es consciente de su gran atractivo, me insiste en que no es narcisista. "Reconozco que cuando paso delante de un escaparate me suelo mirar de rellón, pero es como un gesto al que me he acostumbrado", comenta.

Me cuenta que no sabe vivir sin amor y que ya ha estado tres veces enamorada. Que en un futuro le gustaría combinar el trabajo de modelo con su licenciatura en Administración y Dirección de Empresas. Yo le pregunto sobre su vida y ella habla y habla sin parar. Sólo se toma un respiro para afrontar la recta final del helado. El chocolate va dejando una huella suave en sus labios.

Antes de terminar nuestro encuentro volvemos a hablar de belleza. Entonces aparece la frase lapidaria. "Lo que importa es la belleza interior. Si no tienes otras virtudes como la inteligencia y la simpatía, no sirve de nada ser guapo", comenta. Qué fácil es decirlo. Su genética es tan generosa que también le ha otorgado la virtud de la compasión. Me gustaría saber si cambiara de idea cuando le llegue el día de conspirar contra el tiempo.



**G**enética, pura y dura. Genética dulce, informal, caprichosa; tan exacta, tan misteriosa; genética que nos da la vida y nos mata. Genética generosa que reparte la belleza de forma desigual; genética que bendice como un dios y castiga con la crueldad de un tirano ¿Por qué a unos tanto y a otros tampoco? Para los que sólo nos ofrecistes una limosna siempre nos quedara el consuelo de decirte, con la boca pequeña, que

lo parezca.

María del Mar Sánchez Guirado se come los helados de dos en dos y con la sonrisa del que juega con las cartas marcadas se sienta a contemplar como los kilos pasan de largo, buscando una cintura inocente o una cadera desprevenida a la que aferrarse. Ella se comía el helado y las calorías me acechaban a mí.

"Yo siempre fui muy delgada", me dice.

"De niña era un espárrago. Me sentía un poco patito feo. No llamaba la atención de

gas tomando un café en la 'Guinness', se le acercó un chico y se lo propuso. "Al principio no le hice mucho caso, pero insistió y un día, a los 17 años, me vi desfilando por una pasarela en ropa interior con las cámaras de televisión delante. Cuando llegué a mi casa y vi el vídeo, me horroricé por lo mal que lo había hecho, pero no me desanimé".

La entiendo. Imagino a María del Mar andando entre la gente con el miedo del que empujan a pasar por la quilla. Pero pronto

